

La Moral Capitalista y la Política del Socialismo

Por Michael W. Kelley

Contra Mundum, nº 4, verano de 1992

En un reciente artículo en *The Freeman*, el juez del tribunal de apelaciones Alex Kozinski expresó con pesar su recelo por el hecho de que, a pesar de los enormes cambios que se han producido últimamente en los antiguos países comunistas de Europa del Este y la Unión Soviética, "las oscuras lecciones de Utopía" no parecen haber hecho mella en las mentes de los moldeadores de la cultura política en Occidente. Su comentario toca el corazón de la cuestión:

Los acontecimientos de los últimos años en Europa del Este deberían ser una vergüenza para muchos. La gente de este país debería reconsiderar sus suposiciones fundamentales sobre lo que el gobierno puede y debe hacer, y lo que no debe hacer. Sorprendentemente, esto no ha sucedido. El gobierno, a todos los niveles, se hace más grande y más poderoso; absorbe más que nunca nuestros recursos productivos; y su implicación en nuestra vida cotidiana aumenta sin cesar. Incluso mientras los pueblos de Europa del Este se esfuerzan por establecer economías de libre mercado, implementar los derechos de propiedad privada y disminuir el papel del gobierno, Estados Unidos continúa en un camino en la dirección opuesta.¹

Durante al menos los últimos sesenta años, los creadores de opinión, los intelectuales y diversos miembros de la intelligentsia secular se han conjurado para negar que el socialismo haya sido la dirección en la que los creadores de la cultura política han querido conducir a la civilización occidental, Estados Unidos incluido. A pesar de que el gobierno domina hoy en día todas las facetas de la vida y la sociedad, y llega profundamente, incluso de forma perversa, a los bolsillos de los ciudadanos, los políticos, los expertos, los grupos de interés y los medios de comunicación se han negado persistentemente a llamar "socialismo" a este enorme crecimiento del gobierno. Es un engaño facilitado por el hecho de que en una democracia, en la que el pueblo es supuestamente libre de elegir el gobierno que quiere, estos enormes aumentos en los costes y controles del gobierno se explican fácilmente como el resultado de los deseos de los gobernados. Y está claro que la gente elige a sus representantes gubernamentales y escoge a sus líderes precisamente para crear o ampliar los servicios del gobierno porque percibe que los beneficios que se obtienen al hacerlo superan cualquier carga que pueda resultar negativa. Hoy en día, pocos estarían dispuestos a admitir que lo que estamos experimentando como resultado es algo llamado "socialismo rastrero".

Sin embargo, es cierto. La única diferencia, al parecer, entre lo que se practicaba en los antiguos países del Bloque del Este y lo que ocurre actualmente en Occidente es el método por el que se aplicaron, y se están aplicando, las políticas socialistas. En los primeros, el socialismo se implantó masivamente con los vientos de la revolución política, mientras que aquí se está logrando lenta, pero ineludiblemente, a través de las urnas. A pesar del colapso del socialismo en el Este, la gran mayoría en Occidente no se ha parado a considerar que, ya sea de forma repentina o gradual, la sociedad colectivista supone la muerte de la civilización; es decir, que lo que ocurrió allí, ocurrirá aquí. Con una ambición incesante, dice Kozinski, "elegimos sistemáticamente a funcionarios cuyo instinto es resolver nuestros problemas a

1 Alex Kozinski, *The Freeman*, Vol. 42, No. 2 (febrero de 1992) p. 58. Una versión anterior de este artículo apareció en *The University of Chicago Law Review*, Vol. 58 (primavera de 1992).

través de programas gubernamentales ".² Se ignora o se ridiculiza la idea de que quienes buscan que el gobierno haga de la vida un paraíso en la tierra son socialistas en su perspectiva. Ahora que llega otra temporada de elecciones, ¿alguno de los que aspiran aduladoramente al cargo nos ofrece algo más que la promesa de más soluciones gubernamentales para todos los problemas imaginables? ¿Acaso la gente que los elige no lo hace con la expectativa de que un mayor gobierno es la respuesta a nuestros problemas? ¿Podría alguien ser elegido sin sobornar al electorado con la generosidad del "gobierno" (el dinero de los contribuyentes)? ¿Ya sea directamente, a través de los impuestos, o indirectamente, a través de la regulación de mano dura?

La cuestión importante que debería preocuparnos principalmente no es si el socialismo es práctico o viable—no lo es—sino si es moral. Es decir, ¿se ajusta a la moral cristiana? ¿Deben los cristianos apoyar siquiera parcialmente la política del estado de bienestar? Si no, la única alternativa es el capitalismo. Es una cosa o la otra: no existe una "tercera" opción cristiana, a pesar de lo que digan algunas de las élites en los pasillos de la academia. Es necesario, pues, reflexionar sobre algunas de las principales diferencias entre el capitalismo y el socialismo (independientemente de las 57 variedades con las que se le denomina).

Aspectos de la economía capitalista y socialista

La diferencia entre el capitalismo y el socialismo es algo más que una variante económica: representan valores culturales y de civilización totalmente distintos. Divergen ampliamente en cuanto a la naturaleza y los objetivos del comportamiento individual y social. Se basan en supuestos éticos opuestos. Sus diferencias en este sentido son tan grandes que impiden cualquier síntesis o mezcla posible. Pero aun así, las diferencias surgen con mayor nitidez precisamente en los asuntos que conciernen a la economía. En consecuencia, es aquí donde debemos comenzar.

El socialismo del siglo XX ha hechizado a muchos con el elixir de las promesas. Se ha enseñado a vastas multitudes a creer que el gobierno es el principal medio por el que pueden prosperar y alcanzar el éxito económico. Para justificar esta fe es necesario arengar con abuso consistente el sistema opuesto del capitalismo. Esta crítica al capitalismo lo carga de todos los defectos imaginables: pobreza, injusticia, desempleo la inflación, la violación del medio ambiente, y más, cuya abolición está asegurada bajo el socialismo y todas las formas de control estatal de la economía. Con una animosidad que emana invariablemente de las agencias del conocimiento y la información, "...se enseña al público en general a ver las desventajas del capitalismo, pero rara vez las ventajas".³ Esta actitud actual es tal que, incluso si a veces admiten a regañadientes que el capitalismo es un instrumento superior para la productividad general y una mayor prosperidad, sin embargo, es un sistema inmoral porque sólo hace ricos a algunos a costa de hacer pobres a otros. No distribuye la riqueza de forma equitativa; el Estado lo haría mejor. El hecho de que el control estatal no sólo reduciría la productividad y, por tanto, el nivel de vida, sino que lo destruiría por completo, como comprobarán los antiguos países comunistas, lo ignoran convenientemente. Es la firme negativa a tener en cuenta esta verdad lo que ayuda a mantener viva la fe en el socialismo, a pesar del hecho de que mientras el socialismo "siempre es impresionante en sus promesas [es] en todas partes decepcionante en su rendimiento".⁴

² Kozinski, p. 59.

³ Arthur Seldon, *Capitalism*, (Cambridge, Mass.: Basil Balckwell, 1990) pp. 8 y 14.

⁴ Seldon, p. 2.

Una segunda característica del socialismo (en todas sus formas), además del engaño de sus promesas, es la seducción de su poder. "El 'poder público' fue la inspiración original del socialismo: la noción de que los hombres o mujeres con poder político... lo utilizarían para el bien común".⁵ El gobierno es una vasta agencia de poder. Aprovechar este recurso de poder es una atracción fatal. Para hacerse con este poder es necesario elevar la política a la preocupación central de la vida. Se necesita un talento especial, por no hablar de tiempo y recursos, para practicar este oficio. El ámbito de la política es el de la prisa y la manipulación. Requiere habilidad para la persuasión pública, la organización de grupos, el debate, los grupos de presión y, sobre todo, una pericia consumada para maniobrar a escondidas del escrutinio público. Es una contienda en la que no se busca defender ideas sino conjurar hábilmente "intereses"; que ve en la política simplemente el poder de influir en los beneficios en su dirección. Su resultado final es distorsionar el gobierno "a favor de los políticamente influyentes, hábiles y astutos; sus asambleas nominalmente representativas reflejan la influencia de los organizados a expensas de los no organizados..."⁶ No más que su crítica espuria al capitalismo aumenta la prosperidad general; más bien, simplemente sesga la riqueza a favor de los que poseen el poder político. Los que carecen del poder del gobierno están a merced de los que lo controlan. Este esbozo de las diferencias morales y económicas entre el capitalismo y el socialismo sólo se hace plenamente evidente en tres áreas relacionadas: la propiedad, el mercado y el bienestar.

1. La propiedad

Nada distingue las diferencias éticas ni define la mentalidad característica entre el capitalismo y el socialismo tanto como la idea de la propiedad y la legitimidad moral de la misma. Sin embargo, es una simplificación excesiva sugerir que el capitalismo cree en la propiedad y acepta su legitimidad, mientras que el socialismo no. Ambos asumen la existencia de algún tipo de propiedad, así como una relación de propiedad con ella. Sus diferencias se centran en la forma en que cada uno de ellos ve la propiedad y la naturaleza de la misma.

Tanto por las promesas que ofrece como por el poder que pretende ejercer, la idea socialista se basa en el fondo en su propia concepción moral de la propiedad. Esencialmente, el objetivo del socialismo, en todo momento y en todas sus formas, ha sido suprimir o eliminar la propiedad en manos "privadas"; transferir toda la propiedad de lo privado a lo "público". Todos los usos del poder gubernamental se centran en este objetivo. Para asegurar su cumplimiento, la propaganda socialista afirma capciosamente que dejar la propiedad en manos privadas sólo garantiza la injusticia, la falta de equidad: las multitudes se verían reducidas a la inanición y la degradación, mientras que los propietarios acapararían toda la riqueza de la sociedad en sus propios bolsillos codiciosos. En cambio, "promete" que la propiedad "pública" salvaguardará la justicia, la equidad, etc.: riqueza suficiente para todos y distribuida uniformemente.

En los setenta años de comunismo en el Este se nos ha permitido ser testigos de los méritos de este experimento de propiedad "pública", y hemos visto su absoluta falsedad. Sin embargo, parece que en Occidente no hemos aprendido que el "socialismo rastrero" nos lleva en la misma dirección. Nos repugna fácilmente la evidente brutalidad del totalitarismo comunista, pero no estamos dispuestos a admitir que aquí se están logrando mayores controles estatales por medios menos manifiestos que la fuerza bruta. En Occidente, debido a nuestra herencia cristiana y a la creencia en la propiedad privada, ha sido más difícil para los ingenieros socialistas alcanzar directamente el objetivo de la propiedad

5 Seldon, p. 105.

6 Seldon, p. 103.

"pública" completa. En su lugar, han tenido que adoptar un método más indirecto, más siniestro por la razón de que es menos objetable para una sociedad que cree que los conflictos sociales se resuelven mejor recurriendo a medios legales que a la fuerza bruta. El socialista occidental, que odia la idea misma de la propiedad privada, recurre hábilmente al instrumento de la ley, en gran medida para restringir los usos de la propiedad privada, si no para abolirla por completo. Utiliza la táctica de la invasión "legal" de la propiedad privada bajo el pretexto de controlar su uso en aras de un supuesto mayor bien "público". Dado que el uso está determinado por la propiedad, la propiedad pública se adquiere indirectamente mediante una extensión gradual pero persistente del control legal sobre su uso. Y el traspaso de la propiedad de manos privadas a manos públicas en Occidente mediante este artificio falso muestra todos los signos de producir los mismos resultados que se produjeron en Oriente, quizás con menos violencia abierta, pero con no menos prepotencia caprichosa.

La propiedad expresa una relación moral. La mayoría de los pensadores laicos, tanto de derechas como de izquierdas, han querido ver la propiedad en términos meramente utilitarios, como un instrumento útil para la obtención de satisfacciones materiales y la eliminación de la angustia y la indigencia, y nada más. Es necesaria porque ha demostrado ser el mejor método, la técnica más viable, para la consecución de estos objetivos. La utilidad determina la necesidad. Además, algunas mentes humanistas, tal vez la mayoría, prefieren que la propiedad sea de naturaleza privada si se quiere que sea en absoluto eficaz para este propósito. Su afirmación se deriva de haber observado históricamente (es decir, empíricamente) los dos tipos de propiedad mencionados y cuál ha sido su resultado. Los sistemas de propiedad "privada", en materia de creación de riqueza, superan con creces a los sistemas de propiedad "pública". Todo esto es cierto, pero tiende a ocultar el componente moral de sus diferencias. Sólo una explicación cristiana puede hacer plena justicia a la verdad en este asunto.

La idea de que los hombres deben tener la propiedad de cualquier cosa tiene su origen en la cuestión de quién tiene la autoridad última para definir y delimitar esa propiedad. La cuestión de la autoridad última no es más que un aspecto de la cuestión de quién posee la propiedad última. Poseer algo es tener una autoridad decisiva sobre su uso. Este es el quid de la economía, ya que, como comenta Gary North, "un problema fundamental para la teoría económica [es] el establecimiento de un punto de propiedad originaria (y, por tanto, final)".⁷ Si el hombre tiene la propiedad de algo, ¿con qué autoridad la ha adquirido? El punto de vista bíblico es que Dios es el propietario final, y por tanto la autoridad, sobre la tierra y sus ocupantes. "Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella, el mundo y todos los que lo habitan" (Salmos 24:1). También explica que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Esto significa que el hombre debe ser como Dios en su relación con la tierra; es decir, debe ejercer una responsabilidad de propiedad con respecto a la tierra. La propiedad del hombre, sin embargo, es derivada y está sometida al propietario final. El hombre tiene autoridad para poseer, pero su autoridad está supeditada a la autoridad de Dios en su uso de la tierra y sus frutos. Además, en el plano social, la familia debe ser la verdadera poseedora de la propiedad, lo que significa que la propiedad, para ser moralmente sana, debe estar en manos "privadas". Incluso en el seno de las familias, los individuos tienen una posesión diferenciada de las cosas con exclusión de los demás. Las prohibiciones de la ley de Dios sobre el robo y la codicia tendrían poco sentido si la propiedad no fuera "privada". Sin embargo, no hay ninguna disposición en las Escrituras sobre la propiedad "pública" de nada; ciertamente no en el sentido que entienden las mentes socialistas de hoy. Los intentos de crear un reino de propiedad "pública", ya sea por la fuerza o por argucias legales, son inmorales, independientemente de si es poco práctico o no.

⁷ Gary North, *Moses and Pharaoh: Dominion Religion versus Power Religion* (Tyler, Texas: Instituto de Economía Christian Economics, 1985), p. 120.

Sin embargo, la cuestión práctica no es en absoluto insignificante. Sólo las personas con una propiedad privada real y tangible la utilizarán de forma productiva, porque tienen un incentivo directo para hacerlo. Un valor económico real siempre corresponde a la propiedad definible y, por tanto, al propietario de la misma. Las personas a las que se les impide cosechar los beneficios de la propiedad que poseen no invertirán en su productividad. Es una suposición engañosa que una persona será productiva por motivos puramente desinteresados. Trasladar la propiedad de lo "privado" a lo "público" es simplemente despojar el concepto de propiedad de cualquier significado tangible y específico.

Las diferencias entre el capitalismo y el socialismo son evidentes en la cuestión de la propiedad. "El capitalismo, en principio, maximiza el alcance de la propiedad privada; el socialismo maximiza el alcance de la propiedad pública o nominalmente común".⁸ Los resultados de esta diferencia también son claros. En el capitalismo el dueño de la propiedad es identificable, y puede ser considerado responsable del uso de la misma. En el socialismo se dice que la propiedad pertenece al "pueblo", un grupo anónimo e irreconocible. En realidad, el uso de esa "propiedad" lo deciden funcionarios y burócratas. La responsabilidad de su uso por parte de esos propietarios "nominales" está enormemente atenuada. Si, en teoría, algo es de todos, en la práctica no es de nadie. Y su uso por parte de cualquiera será a instancias de los titulares del poder gubernamental. Sin un reconocimiento claro del propietario resulta imposible asignar responsabilidades. Los funcionarios y burócratas pueden eludir fácilmente la responsabilidad. Y si son descubiertos, a menudo pueden utilizar sus poderes y recursos oficiales para defenderse de las denuncias o incluso del enjuiciamiento. En materia de propiedad, las promesas del socialismo equivalen al despilfarro y al fraude.

2. Mercado

Cualquier discusión sobre la propiedad, en lo que se refiere a cuestiones económicas, conduce directamente a la idea del mercado. Debido al pecado y a la caída del hombre, la escasez de bienes económicos fácilmente utilizables es el hecho más básico de la vida. En otras palabras, la pobreza es la norma y la riqueza la anormalidad. Si el hombre quiere satisfacer las necesidades básicas de la vida, debe producirlas. Este factor de la "maldición sobre la tierra" somete las labores del hombre a una dificultad extrema y a esfuerzos continuos, y amenaza el trabajo de sus manos con el riesgo de fracaso o expoliación. Además, si el hombre ha de superar la mera existencia de mano en mano, debe aprender a satisfacer muchas necesidades a la vez. Dado que ninguna persona posee la capacidad, y mucho menos el tiempo o la energía, para producir todo lo que necesita para sí misma, ha tenido que aprender a producir unas pocas cosas y a intercambiar una parte de los frutos de su trabajo con otro que haya producido un artículo diferente. Con el tiempo, un gran número de personas encontró conveniente llevar sus productos al mercado, para intercambiarlos por los de otras personas. Al mismo tiempo, se desarrolló el concepto de medio de intercambio para facilitar esta actividad. Los productos en el mercado se consideraban desde el punto de vista de un precio monetario. De este modo se hizo posible la civilización.

El capitalismo es simplemente otro nombre para este concepto de mercado. Mediante el uso del dinero en el proceso de intercambio en el mercado, los hombres aprendieron a mantener el valor económico en reserva y a producir a largo plazo. Esto ha tenido el efecto de permitir al hombre elevarse por encima del nivel de mera indigencia y de tener que consumir inmediatamente lo que produjo o intercambió

⁸ Seldon, p. 149.

para adquirirlo. Ha permitido que la riqueza crezca a tasas compuestas. Este crecimiento sigue una trayectoria tanto vertical como horizontal. Es decir, aumenta para los productores de riqueza y también aumenta el número de productores de riqueza. Al final, un solo productor ya no sabe para quién crea valor económico; simplemente fabrica para el mercado. Esto conduce a una situación en la que el "precio de mercado" constituye el único indicador tanto para los que producen como para los que consumen el producto. El éxito en el mercado depende de la capacidad de los productores de evaluar la información sobre los precios para saber si es ventajoso producir una determinada cantidad de un producto dado o incluso producir ese producto en absoluto. El conocimiento, proporcionado por los precios, se convierte en la clave de una economía de mercado.

El conocimiento que posee cualquier agente en el mercado siempre será provisional e imperfecto, porque no siempre se puede contar con que los consumidores de productos proporcionen información exacta al respecto. La gente cambia habitualmente de opinión sobre lo que desea o quiere adquirir. Lo hacen por razones que escapan a la capacidad de cualquiera⁹ para comprender perfectamente. Además, algunos productos, por su escasez natural, se consumen y agotan rápidamente. De ahí que los precios de algunas cosas fluctúen rápidamente. Todo esto genera una situación en la que la cantidad de información que cualquiera puede esperar controlar en un sentido global está simplemente más allá de la capacidad de una sola persona. Es este factor el que, más que nada, perturba profundamente la mente socialista. Para él, el mercado es, en el mejor de los casos, un caos. En el peor de los casos, fomenta la desproporción entre la riqueza de unos y la de otros. No puede entender que la producción de riqueza es a menudo el resultado de que un productor haya leído correctamente la información sobre los precios que le indican lo que la gente desea consumir y, por tanto, haya suministrado el producto con más éxito que otros que podrían haber competido con él para suministrarlo también. Inmediatamente asume que si una persona ha acumulado riqueza, entonces debe haber empobrecido a algún otro para hacerlo. Para el socialista, los precios no son indicadores de información, sino que significan codicia y empobrecimiento. Lo que el socialista no puede tolerar es la incapacidad de controlar la información del mercado, para coaccionar al mercado para que sirva a alguna visión arrebatadora de la sociedad en general.

Las mentes socialistas de Occidente han aprendido un método conveniente para disimular la verdad sobre el supuesto irracionalismo del mercado. Dado que su objetivo es reducir toda la actividad al control político, apelan constantemente a criterios extraeconómicos para alcanzar el objetivo de dominar completamente el mercado con fines políticos. Mediante una hábil manipulación de las estadísticas y los estudios, así como de otras supuestas "informaciones" más fiables que los precios, apelan al "interés nacional" como estratagema psicológica. Así, por ejemplo, se nos hace creer constantemente que los "puestos de trabajo americanos" o la "competitividad industrial americana" están siendo socavados por algún extranjero que hace trampas para ganar en "nuestros" mercados. Se espera que este argumento convenza a la masa de votantes para que elijan a funcionarios que erijan un monopolio político sobre el comportamiento económico. La afirmación de que el "interés nacional" está en juego, a menos que el Estado intervenga y tome la dirección de la economía, ha demostrado ser un dispositivo engañoso para conseguir la autoridad política para la planificación central y la dominación del mercado.

9 "Cualquiera" significa "cualquiera que no sea el que elige y actúa". No comprendo del todo tus motivos y elecciones, así como tú no comprendes los míos. Aun así, ningún individuo comprende plenamente sus propios motivos y elecciones; porque la economía, como la vida en general, sale del corazón, y sólo Dios posee conocimiento pleno del corazón humano.

En consecuencia, como el socialista siempre está orientado a ver la economía desde la perspectiva "macro" o "nacional", es incapaz de comprender que los verdaderos cambios económicos tienen lugar en el nivel "micro" o "marginal". Al menos es ahí donde se origina la verdadera actividad económica. En ese nivel las personas se enfrentan a continuos cambios y a la necesidad de adaptarse a ellos. Estas cosas ocurren a diario, a veces cada hora, en miles de formas y lugares diferentes. A menudo esas modificaciones son incrementales, pero con el tiempo traen consecuencias mayores. A la larga, obligan a realizar cambios a nivel "macro". Sin embargo, las alteraciones a este nivel no hacen más que reflejar los efectos largamente elaborados de los cambios a lo largo del tiempo en la etapa "micro" menos visible. Pero para la mente estática del socialista cualquier variación en el "nivel nacional" presenta un pretexto para insertar la dirección del gobierno en la economía. Los cambios allí sólo deben permitirse bajo la omnisciente dirección de los planificadores centrales, no como consecuencia de las fuerzas económicas incontroladas que han actuado gradualmente a través del sistema social. Si el mundo parece ser imperfecto en la pantalla más grande, es atribuible, razona el socialista resuelto, al "fracaso del mercado". Pero el mercado no fracasa, simplemente experimenta cambios en los que algunos, sin duda, que, por haber leído mal la información del mercado, fracasaron; pero otros tienen éxito. Estas distinciones no son absolutas, sino relativas, y se producen con regularidad.

Para la mente política, o incluso para el especialista en economía, el mercado se ve como lo que Wilhelm Roepke denominó una "técnica". No es más que un tipo particular entre otros para la ingeniería del bienestar económico. Y como "técnica" no es especialmente útil a menos que sea atemperada por especialistas y expertos gubernamentales. Para este tipo de mentalidad: una "técnica económica... es aplicable en cualquier tipo de sociedad y en cualquier tipo de clima espiritual y social".¹⁰ En otras palabras, el marco moral de las personas es irrelevante para el funcionamiento de una economía sana. Tal pensamiento descarta naturalmente el significado moral fundamental de la "propiedad". Sin la propiedad en manos privadas, libre del estorbo de la regulación política de mano dura, ningún mercado puede existir en el verdadero sentido de la palabra. Sin embargo, una economía de mercado se define por una determinada filosofía de vida y conducta, un orden social y moral distinto, y no es simplemente una técnica. Su significado es mucho más que el mero éxito "material". Aunque el mercado es económicamente más eficiente que las economías de mando socialistas, no es simplemente como un método superior de mejora material lo que hay que desear: es beneficioso porque, en primer lugar, fomenta la madurez moral y la disciplina entre los que actúan en función de él. Esto no quiere decir que el mercado cree por sí mismo estas obligaciones y exigencias morales. "El mercado y la competencia están lejos de generar sus prerrequisitos morales de forma autónoma".¹¹ Pero sí enseña disciplina a la luz de ellos. En verdad, los hombres deben ser autodisciplinados para actuar en una economía de mercado. Sin embargo, tal autocontrol no está disponible a menos que los hombres se disciplinen bajo Dios y sus estipulaciones éticas. Sólo con el triunfo del cristianismo es posible una economía de mercado. Se entiende fácilmente por qué los socialistas aborrecen la moral cristiana. Se interpone en su objetivo de una sociedad políticamente centralizada.

3. El bienestar

Desde el fundamento moral de la propiedad hasta el mercado, que refleja la necesidad de intercambiar la productividad de la propiedad propia con otra para satisfacer las necesidades económicas, llegamos al destino final: el bienestar. Los tres conceptos están unidos, tanto en la mente del socialista como en

10 Wilhelm Roepke, *A Humane Economy: The Social Framework of the Free Market* (South Bend: Gateway Editions, Ltd.) p. 93.

11 Roepke, . 126.

la del capitalista. El capitalismo afirma que la propiedad en manos privadas, intercambiada en el mercado de acuerdo con el mecanismo de los precios, conduce a un estado de cosas en el que el "bienestar" de la mayoría de la gente mejora enormemente, dado que la penuria absoluta es el estado natural del hombre en un mundo caído. La naturaleza de tal afirmación no implica que la vida se transforme en una utopía, o que los hombres no pecarán robando, engañando o defraudando de otras maneras a los demás. Tampoco sugiere que no habrá pobreza, penurias o desigualdades. Simplemente insiste en que, en general, y en un grado notable, la calidad de vida de un mayor número de personas mejorará, y la carga de la impecabilidad natural se eliminará en gran medida. Una vez que estas necesidades básicas de la vida han sido aliviadas y retiradas de la atención constante, es posible ocuparse de aquellas cosas que enriquecen la vida y construyen la civilización.

Los socialistas afirman—y aquí están las "promesas" que caracterizan la perspectiva del socialismo—que no es el capitalismo, tal como lo acabamos de explicar, el que puede lograr el aumento del bienestar del hombre, sino justo su contrario, es decir, el socialismo. Sólo cuando la propiedad en manos privadas es eliminada o restringida severamente, y sólo si el mercado es controlado por planificadores centrales y funcionarios del gobierno y no se deja a las vicisitudes de los precios, se garantiza el bienestar de un mayor número de personas. Una vez más, para convencer a los crédulos, inventan el argumento para dar a su programa una apariencia de justificación moral. Sin el dominio político de la vida de la gente, ciertamente cuando se trata de la economía, los muchos estarán a merced de los pocos. Sin la dirección gubernamental de todos los aspectos del comportamiento de la gente, las "injusticias" masivas envolverán a la sociedad. Por medio del uso del poder gubernamental, entonces, se asegura el bienestar económico de cada uno. Estas "promesas" podrían tener cierta validez si la historia nos proporcionara un ejemplo de su aplicación con éxito. Hasta ahora, la historia ha demostrado que son totalmente falsas, como demuestra nuestra referencia a Europa del Este.

Un argumento conveniente en el arsenal socialista es el que trata la cuestión del bienestar en el lenguaje político de los "derechos". Como se ha dicho, el socialismo puro y duro ha tenido dificultades para imponerse en Occidente. Pero para conjurar a la sociedad en esa dirección se ha inventado el "estado del bienestar". El concepto de bienestar que se encuentra en la base de las ideas del Estado del bienestar ha llegado a descansar en una suposición demagógica moderna de que todos los hombres tienen derecho a disfrutar de la "libertad de la necesidad", y que el Estado es el único que puede satisfacer los requisitos de esta "libertad". Cualquiera puede adivinar dónde se originó ese derecho, pero en realidad sólo importa en la medida en que comprime las cuestiones económicas en un molde político, en el que la mente socialista gravita con una presteza inquebrantable. Las consecuencias morales y sociales son cada vez más evidentes.

Para hacer realidad el sueño de "liberarse de la miseria" mediante el bienestar estatal, el gobierno, a través del sistema de impuestos, debe desviar los recursos de aquellos que producen la riqueza para empezar. A continuación, debe dispensar estas "tomas" con una beneficencia condescendiente. Sin embargo, al haber definido el acceso a estos beneficios como un "derecho", es prácticamente imposible eliminar dicha generosidad una vez que se ha concedido. Esto se convierte en un rasgo permanente del control estatal, que no hace más que invitar a los políticos a luchar por más y más, ya que su vida profesional depende de ello. Porque, una vez que un interés es creado por la generosidad del gobierno, los funcionarios elegidos no pueden eliminar esa generosidad sin poner en peligro sus carreras políticas. Y la creación de beneficios para un interés no hace más que estimular el deseo por parte de otros intereses de recibir el mismo trato. El dinero suministrado "gratuitamente" por el gobierno aumenta el número de personas que pueden optar a él trabajando menos de lo que lo harían de otro

modo, no trabajando en absoluto o adquiriendo personas a su cargo".¹² La asistencia social del gobierno se convierte en un desincentivo para el trabajo y en una atracción para aquellos para los que la independencia responsable es moralmente repugnante. Al vivir libre del gobierno, se eliminan considerablemente las sanciones por un comportamiento irresponsable. Si no existe un "coste" (un mecanismo de precios) para la acción de uno que señale que esa acción es contraproducente, el factor de responsabilidad estará moralmente sesgado. Uno de los elementos inmensamente importantes del capitalismo es que es un sistema que recompensa adecuadamente los comportamientos responsables e irresponsables. Pero el asistencialismo socialista transmite el mensaje de que ni la pobreza ni la riqueza tienen una conexión correspondiente con la condición moral y las acciones de las personas. Si las personas tienen derecho a no padecer carencias, y la satisfacción de ese derecho es una obligación del gobierno con independencia de cualquier otra consideración moral, no hay ninguna razón para concluir que se deba obligar a uno a comportarse de tal manera que reciba los beneficios de ese derecho o lo pierda si no lo hace. Un derecho es un derecho, a pesar de todo.

Es una característica de la mente socialista dar por sentada la existencia de la riqueza y asumir que el problema es asegurar una distribución equitativa de la misma. Para promover la causa del estado de bienestar como aparato de control político en este sentido, la mente socialista insinúa que el capitalismo es sólo otra palabra para "egoísmo", y que, en segundo lugar, dado que toda la riqueza es legítimamente la "riqueza de la sociedad", y cada miembro es merecedor de una parte igual, es el deber moral del gobierno redistribuir la riqueza de los que tienen más de lo que merecen a los que merecen tener más, independientemente de la contribución que hagan a su creación.

En respuesta a la afirmación tendenciosa de que el capitalismo es igual a egoísmo, hay que señalar que el "interés propio" genuino no sólo es una motivación legítima, sino que los intentos de suprimir su expresión legítima no sólo son contraproducentes sino perniciosos en extremo. Pero incluso si el "interés propio" es el punto de partida del comportamiento capitalista, no es verdadero capitalismo si termina ahí, ya que el capitalismo es el único sistema económico que pone el interés del consumidor por encima del del productor. Alegar lo contrario es confundir el capitalismo con todos los demás sistemas: feudalismo, mercantilismo, sindicalismo, corporativismo, socialismo municipal o socialismo de Estado.¹³ Además, sólo son posibles cuando se ofrece protección gubernamental a los productores de bienes y servicios. Sin el respaldo del gobierno, el interés propio del productor se ve obligado a considerar el interés propio del consumidor. El primero debe ganarse el favor del segundo produciendo cosas que quiera consumir, en la cantidad que desee consumir y a un precio que esté dispuesto a adquirir el producto. Este intercambio de intereses legítimos ha demostrado ser el único motor de la creación y distribución de la riqueza.

Pero, en segundo lugar, el interés propio es una característica tan propia de los sistemas socialistas como del capitalismo. Sin embargo, sus resultados no son los mismos. Porque la noción de que el gobierno siempre sirve al interés del pueblo es engañosa. Se puede contar con que los políticos que desean ejercer los poderes del gobierno lo hagan de la manera que mejor sirva a sus propios intereses, es decir, ser reelegidos y mantenerse en el poder. Cuando reparten beneficios a la gente, sólo lo hacen de manera que garanticen ese resultado. Lejos de beneficiar a "la gente", la distribución de la generosidad sólo irá a parar a aquellos grupos específicos que conserven un interés político suficiente en los titulares de los cargos que puedan ejercer el poder para inclinar los beneficios en su dirección,

¹² Seldon, p. 137.

¹³ Seldon, p. 205.

sin importar el perjuicio que suponga para los demás. Este es el verdadero "egoísmo" en acción. Afirmar, pues, que el objetivo principal del asistencialismo estatal moderno tiene algo que ver con la antigua noción de caridad y ayuda al prójimo menos afortunado es falso. Más bien, guiado por el ideal de una revolución social, tiene como objetivo la mayor igualación de la riqueza, los ingresos, el estatus, etc. "El motivo dominante ya no es la compasión, sino la envidia".¹⁴ Es la legitimación moral de la envidia lo que ayuda a promover la política del socialismo. Impulsada por ella, la gente confiere con entusiasmo al gobierno amplios poderes y obligaciones para redistribuir la riqueza de los ricos a los pobres. De este modo, un gran número de personas espera realizar sus aspiraciones sin logros, la seguridad económica sin responsabilidad, y los beneficios de la productividad sin las cargas de las elecciones y las decisiones difíciles. Deben estar preparados para que sus vidas sean regimentadas de acuerdo con los deseos de otras personas y los frutos de su industria sean confiscados con una regularidad ilimitada, por no hablar de una imprudencia arbitraria.

La ética del orden civil

Los socialistas de todas las tendencias imaginan vulgarmente y afirman sin cesar que el capitalismo representa la ausencia o el envilecimiento del orden civil y de la justicia. Regularmente denigran la supuesta ingenuidad del capitalismo al afirmar que el gobierno es *per se* malo y debe ser abolido; que el capitalismo es igual al libertarismo y descansa en la absurda noción moral de que los hombres son básicamente buenos y, por lo tanto, no se necesita ninguna fuerza social organizada para controlar u obligar el comportamiento de los hombres en absoluto. Mediante esta línea de argumentación, los socialistas se esfuerzan por persuadir a la gente de que el capitalismo simplemente funcionaría sobre la base del bandolerismo organizado, que los muchos económicamente débiles vivirían esclavizados por un puñado de barones de la riqueza y la industria. Sin un gobierno fuerte, todas las injusticias imaginables se llevarían a cabo sin obstáculos. No sólo es necesario el gobierno para controlar las desigualdades, sostienen, sino que un sistema de mando altamente centralizado y extenso es el único medio para asegurar la justicia y la igualdad para todos. El gobierno no sólo debe prevenir o reparar los agravios, sino que debe funcionar de forma que decida no sólo quién produce la riqueza y con qué medios, sino quién y cuánto debe recibir cada individuo de la sociedad. Sólo entonces cada uno recibirá su parte "legítima".

Sin embargo, el verdadero capitalismo no niega la necesidad de un orden civil basado en un gobierno legítimo. Y lejos de imaginar que los hombres son naturalmente buenos, los capitalistas adoptan justo la opinión contraria. En efecto, el capitalismo es un sistema de orden que reconoce la "pecaminosidad" innata del hombre y, en consecuencia, su propensión a hacer daño al prójimo con fines de engrandecimiento. De hecho, sabe muy bien que sin un sistema de justicia social y poderes policiales que lo respalden el capitalismo ni siquiera sería posible. Porque en la raíz misma del capitalismo está la creencia en la propiedad en manos "privadas" que implica distinciones estrictas entre "lo mío" y "lo tuyo" y, en consecuencia, la necesidad de erigir un sistema social que delimite los usos que uno puede hacer de su propiedad para que no infrinja los usos o disfrutes que otros esperan tener en su propiedad. Pero lo que distingue al capitalismo de todos los tipos de socialismo es la forma en que cada uno concibe la naturaleza del orden civil y cómo debe funcionar y con qué fines.

En general, la diferencia entre el capitalismo y el socialismo es la diferencia entre una sociedad civil definida como una "asociación articulada por reglas" y una que se basa en "órdenes, mandatos,

¹⁴ Seldon, p. 156.

requerimientos, directivas o meras prohibiciones",¹⁵ ya que éstas son impuestas por alguna autoridad política superior. En otras palabras, el capitalismo busca el imperio de la ley como base de la autoridad y norma de comportamiento responsable, mientras que el socialismo quiere dirigir toda la sociedad de acuerdo con los deseos de los poseedores del poder y de las élites que, mediante un plan global que sólo ellos conciben, regularán el comportamiento de cada persona de acuerdo con su sabiduría discrecional. Se basa en la suposición de que los planificadores centrales del gobierno sabrán instintivamente mejor que la propia gente lo que es para su propio bien y que coordinarán noblemente las acciones de cada miembro de la sociedad de forma positiva para garantizar que los resultados sean equitativos y justos. La diferencia, por tanto, entre el capitalismo y el socialismo es la diferencia entre una conducta social que limita las reglas y una que prescribe las órdenes. El primero permite a un pueblo la libertad de actuar como quiera y alcanzar los resultados a los que aspira siempre que actúe de acuerdo con las reglas. En este caso, "...las reglas afirman normas de conducta, no determinan ni pronostican lo que se dirá o hará".¹⁶ Pero la segunda dice que el pueblo debe actuar sólo como le dicen los planificadores centrales que actúe, y que es por el "bien de la sociedad" en general que todos deben ser obligados a actuar.

En el capitalismo no existe un plan social predeterminado y omnicomprendido que dirija y coordine la conducta y las actividades de cada persona. Al menos, no existe tal esquema, ya que se cree que éste deriva del genio de los burócratas y agentes gubernamentales. Pero esto no significa que el capitalismo represente una pura desorganización. Por el contrario, en el capitalismo la organización social está altamente coordinada y funciona sobre la base, no de una voluntad discrecional que busca los resultados deseados, sino de una ley conocida y reconocible que se limita a prescribir las condiciones en las que deben llevarse a cabo todos los tipos de comportamiento. En este caso, el derecho funciona como las reglas en las competiciones deportivas: simplemente fijan cómo debe jugarse el partido para que cada equipo tenga una oportunidad justa de éxito, y no especifican qué acciones o estrategias concretas puede adoptar cada equipo en su esfuerzo por superar a su oponente. Las reglas no son dispositivos para diseñar el resultado del juego, es decir, para decidir desde el principio quién gana o pierde. En cierto sentido, cada equipo o jugador planea por sí mismo utilizando los talentos adecuados y las tácticas correspondientes según se considere necesario. Pero ciertas acciones violan las reglas del juego porque dan a una persona o equipo una ventaja injusta, porque inesperada, una ventaja basada no en la habilidad y la formación personales, sino en la perfidia y la deshonestidad.

Lo mismo ocurre en las asociaciones civiles. Aquí las reglas no sirven para promover algo llamado "interés de la sociedad". Tal "interés" está más allá de la capacidad de cualquier persona en particular para saber con certeza. Lo que le interesa a una persona es muy diferente de lo que le interesa a otra. Uno sólo puede satisfacer su propio interés mediante un intercambio con otro. Las personas deben aprender a realizar intercambios, y los mejores medios para realizar dichas transacciones sólo se dan en el marco de unas reglas específicas. Los socialistas que piensan que los planificadores del gobierno pueden dirigir tales operaciones deben suponer que tales funcionarios son omniscientes y omnicompetentes en materia de lo que satisfará perfectamente el interés de cada persona individual. Y pretender entender lo que satisfará los "intereses de la sociedad" no es más que una herramienta engañosa para que los políticos proporcionen beneficios a determinados grupos de la sociedad. Es más, pretender utilizar y manipular el sistema legal para conseguir el mismo designio, tal y como se practica en Occidente, es, en realidad, desvirtuar el sentido del derecho. Es separar el derecho de su fundamento

¹⁵ Michael Oakeshott, *On Human Conduct* (Oxford: Clarendon Press, 1975), p. 124

¹⁶ Oakeshott, p. 126.

moral y transformarlo en un instrumento pragmático para la realización de satisfacciones económicas sustantivas, satisfacciones que están determinadas únicamente por élites de poder que, con pretensiones mesiánicas, se imaginan dotadas de una visión mística de las condiciones del paraíso social.

La idea del derecho como "instrumental" se desarrolló a partir de una convicción ética utilitaria; de modo que, aunque los socialistas pretenden actuar de manera "legal", en realidad, el concepto de derecho en la mente del socialista es simplemente un "método" para lograr el objetivo de la dominación política. El derecho ya no se apoya en una norma ética subyacente o trascendente, es decir, absoluta. En Occidente, era el fundamento moral de la ley de Dios el que sustentaba la sustancia de la legalidad. Por lo tanto, la ley no era algo que se inventaba o se elaboraba con fines de manipulación social. Más bien, bajo la guía de los absolutos éticos, la ley fue "descubierta". Simplemente se "aplicó", aunque no siempre de forma perfecta o uniforme, a la matriz de la sociedad. Ahora, sin embargo, al eliminar la norma de comportamiento de Dios como base del derecho en Occidente, y sustituirla por el utilitarismo ético, el derecho y la legalidad (por no hablar de la "justicia" y la "injusticia") se han transformado en meros "instrumentos" en manos de los agentes del poder que desean rehacer la sociedad para que se ajuste a su visión "estatista".

El utilitarismo ético se basa en dos supuestos que han contribuido a la tendencia al instrumentalismo jurídico entre las mentes socialistas de Occidente (1) la creencia irreprimible de que el objetivo o fin de la existencia humana es la realización de la felicidad; (2) la firme creencia de que dichas leyes pueden ser elaboradas de acuerdo con una precisión científica para lograr la felicidad de la sociedad.¹⁷ Con la primera como posibilidad razonable, es una cuestión sencilla lograr la fórmula adecuada para el éxito.

La realización de la felicidad, sin embargo, es un ideal ilusorio. Cada persona tiene su propia visión del asunto, y no siempre coincide con la de otra. Es más, la propia visión cambia con el tiempo, o uno se enfrenta a nuevos e inesperados obstáculos en la vida a lo que se había considerado una condición tolerablemente "feliz". Pero el problema más difícil es, con mucho, el significado de la propia "felicidad". ¿Quién la define y cómo? Las mentes socialistas no aceptan la creencia bíblica en Dios, que creó todas las cosas, y que el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, lo que significa que la felicidad del hombre es producto de su santidad original. Además, no creen que el hombre perdió la verdadera felicidad junto con su santidad cuando cayó en el pecado y, por lo tanto, la verdadera felicidad sólo es posible una vez que el hombre recupera la verdadera santidad en Cristo, el Salvador. Más bien, para los socialistas, el hombre es estrictamente un ser definido por su existencia terrenal, material; una existencia que depende de la satisfacción de las necesidades corporales y nada más. El hombre, para él, es un mero animal con apetitos, cuya gratificación conduce a la felicidad. Ahora bien, puede ser cierto que las satisfacciones de las necesidades materiales son muy diferentes entre las distintas personas. ¿Cómo pueden todas ellas esperar justamente satisfacer todas y cada una de ellas? Al equivocarse sobre el problema, el socialista imagina que es posible al menos eliminar los impedimentos a la felicidad que él sabe que la obstruyen. Es una cuestión sencilla ordenar el "hacer" de todos los miembros de la sociedad de acuerdo con las leyes correctas, y esos impedimentos serán eliminados sin duda. Esta tarea puede lograrse fácilmente mediante la correcta aplicación de la razón al proceso político, ya que la sociedad es maleable y fácilmente susceptible de ser manipulada racionalmente de forma organizada, y los que ostentan el poder están mejor posicionados para ver el cuadro social completo y así saber cómo todas las partes encajarán mejor en el conjunto.

¹⁷ Albert Venn Dicey, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century* (New Brunswick: Transaction Books, 1981), p. 142.

Estas estipulaciones éticas predisponen al socialista a mirar la política desde la perspectiva de un ingeniero. Si hay que introducir cambios en la sociedad para aumentar su felicidad, el socialista no se inclina por dejar que las cosas sigan su propio curso. Más bien, como ha comentado Michael Oakeshott, tal persona "no reconoce el cambio a menos que sea un cambio inducido de forma autoconsciente..."¹⁸ Por "autoconsciente" el socialista quiere decir "científicamente" planificado y efectuado mediante la aplicación de prescripciones legales racionales, que llevan el sello de "órdenes" y "decretos" y dictados gubernamentales. Considerar la política como una cuestión de resolución de problemas es comprometerse con "la política de la necesidad sentida", con una política que está "siempre cargada del sentimiento del momento".¹⁹ La política, bajo esta apariencia, se convierte en una cuestión de resolver una crisis tras otra con exactitud lógica. Cuando un individuo concreto se presenta a un cargo público lo hace bajo la premisa de que posee la solución necesaria para un determinado conjunto de problemas "nacionales". Afirma tener las herramientas correctas, es decir, la "técnica" social adecuada, que resolverá todas las dificultades imaginables. Conocerá a los mejores expertos y se apoyará en las aportaciones científicas más precisas. La evaluación que hace Oakeshott de este tipo de mentalidad no es inexacta:

Las motivaciones más profundas que alentaron y desarrollaron esta moda son... oscuras.... Pero entre sus otras conexiones, ciertamente está estrechamente con el declive de la creencia en la Providencia: una técnica benéfica e infalible técnica sustituyó a un Dios benéfico e infalible...²⁰

Cuando la vida civil se resuelve en una serie de problemas y crisis que exigen soluciones técnicas—si el hombre espera realizar el objetivo de la "felicidad"—entonces la política se entrega a la creencia de que lo que se necesita es una especie de control mecanizado de la sociedad. En otras palabras, el hombre busca métodos divinos de planificación y ordenación de todas las acciones posibles de las personas. El hombre desea fuertemente ser como Dios que planificó el mundo y la historia desde el principio. No duda de que puede planificar una sociedad coordinada para que se ajuste a alguna visión primordial del Bien. Aquellos que buscan el poder hoy en día lo hacen casi invariablemente asumiendo que la posesión de su poder les permitirá predeterminar cada área de la vida para realizar este sueño. Una vez más, la perspicacia de Oakeshott llega al corazón de la cuestión: "Creo que la mente instrumental puede ser considerada, en algunos aspectos, como la reliquia de una creencia en la magia".²¹ Nada capta con mayor precisión la quintaesencia del socialismo en todas sus formas o en toda la extensión de su manifestación.

El capitalismo no se basa en estos postulados éticos. No sostiene que el hombre posea un poder divino para conjurar la sociedad perfecta. Aunque cada persona puede planificar en cierta medida sus acciones, no sabe con certeza que sus planes saldrán como espera, ni lo que supondrá el resultado de sus planes, al entrar en contacto con los planes de otras personas. La totalidad de la sociedad no está a disposición del hombre para coordinarla con precisión científica. Esto no significa que la sociedad y sus disposiciones estén simplemente a merced del azar o del caos. Porque el capitalismo depende de la creencia de que, aunque el hombre no puede planificar toda la vida por adelantado como él desea, sin embargo, Dios puede hacerlo y lo hace. Además, aunque Dios no revela los detalles de su plan, ha dado

18 Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics and Other Essays* (Indianapolis: Liberty Press, 1991), p. 8.

19 Oakeshott, p. 9.

20 Oakeshott, p. 23.

21 Oakeshott, p. 113.

al hombre una palabra-ley por la que todos los hombres deben subordinar sus diversos planes y acciones y que, en general, conducirá a un bien positivo para el hombre cuando lo haga y a resultados negativos si no lo hace. Una ética bíblica debe fundamentar la idea de ley y su aplicación. De este modo, los hombres son libres, bajo Dios, de actuar como quieran, de perseguir lo que les interese y de cosechar las recompensas que puedan resultar, sin tener que suscribir los dictados de los dueños del poder y de los funcionarios del gobierno que se creen imbuidos de una visión infalible del "bien de la sociedad".

El carácter moral de las masas modernas está moldeado en gran medida por el deseo de liberarse de la carga de tener que tomar decisiones y actuar responsablemente. Una persona así es fácilmente engañada para que ceda esta responsabilidad al gobierno. El funcionario elegido, a su vez, promete aliviar a sus electores de las consecuencias de su comportamiento: pero a cambio deben estar preparados para entregarle un poder ilimitado para moldear la sociedad como él desee. Deben estar dispuestos a vender su libertad a cambio de seguridad. Serán engañados. No hay seguridad en un gobierno arbitrario. Muchos de los llamados cristianos hoy en día siguen esta misma línea de pensamiento. Apoyarán a candidatos cuya ética sea la del estado de bienestar, que no es más que la ética del socialismo. Tal vez si las cosas en Occidente llegan al estado al que llegaron en Oriente, los cristianos especialmente comenzarán a despertar a su responsabilidad bajo Dios de elegir un gobierno que se someta a la ley de Dios y no a la voluntad del hombre.